**Domingo 20 Tiempo Ordinario C - No he venido a traer paz - Iglesia del Hogar: en Familia, como Iglesia doméstica, preparamos la Acogida de la Palabra de Dios durante la celebración proclamada de la Misa dominical**

Recursos adicionales para la preparación


**Falta un dedo: Celebrarla**

**Las Lecturas del Domingo**

Primera lectura: Jeremías 38, 4-6. 8-10

Este Texto pinta un cuadro de los días más oscuros del profeta Jeremías. El ejército de los caldeos (babilonios) se ha retirado por poco tiempo de Jerusalén porque se acercaba el ejército de Egipto. Todos tenían la esperanza y hasta creían que había llegado la salvación. Y el profeta tiene que decirles: "No se engañen... no se retirarán (Jeremías 37, 9). Quisieron eliminar al profeta molesto. Por eso lo arrojan dentro de una cisterna. La amenaza de la muerte y su salvación son una prefiguración de la muerte y resurrección de Jesús (Génesis 37, 24; Sabiduría 10, 13; salmos 30; 69; 88; Jonás dos, 1-11; Mateo 12, 39 y siguientes; Romanos 6, 3-11).

Segunda lectura: Hebreos 12, 1-4

Los grandes hombres de la antigua alianza han probado su fe en la lucha y en el sufrimiento (capítulo 11). Pero nosotros, los cristianos, tenemos que mirar el ejemplo de una dimensión universal: Cristo, el crucificado y glorificado, sentado a la derecha del Padre. Ahora bien, nuestra pelea por la fe no debe ser necesariamente una lucha sangrienta. Los problemas que enfrentamos, la fría indiferencia que nos rodea, la oposición, todo esto exige una lucha y entrega total (Lucas 2, 34; 7, 50; 48; Juan 16, 1-4; 1 Pedro 2, 6-8.)

Evangelio: Lucas 12, 49-53

El Reino de Dios, más que un analgésico tranquilizante, es un compromiso serio y un constante reclamo a la lucha por la paz que siempre está más allá de la capacidad humana. No absolutizamos la realidad, no amamos "los ídolos" del momento, de moda, sino participamos en el dolor del nacimiento de la creación entera en la esperanza de la manifestación de los hijos de Dios. Y el fuego de Dios es el Espíritu Santo que purifica al cristiano a la vez que enjuicia al refractario (2 Reyes 1, 9-15; Isaías 8, 12-15; Juan 14, 27).

**REFLEXIONEMOS**

Sin quererlo los padres de familia pueden tener parte y responsabilidad en la destrucción del deseo de sus hijos de servir al Señor. Los niños y los jóvenes son capaces de una generosidad que nos asombra a los adultos. Sus riquezas más grandes, sus tesoros más apreciados no son demasiado pedir cuanto han comprendido que es para el Reino de Dios, pero los padres de familia también pueden ayudar a través del ejemplo a que crezca esta disponibilidad. Es que todos los días nos tienta la mezquindad de nuestra propia medida. Basta una palabra, basta una reacción despectiva que presenta al niño un modelo de comportamiento mezquino y más bajo tanto en motivación cuanto en entrega. Aunque los adultos aparentemente no podemos salir de nuestras estrecheces ¿por qué tenemos también que menguar la generosidad de los niños? Animemos su generosidad, dejemos que su potencial de entrega se desarrolle libremente, aunque no podamos nosotros sentir lo mismo.

También la rebeldía de los jóvenes tiene muchas veces razones valederas porque a lo mejor miran al mundo con menos egoísmo e hipocresía. No seamos nosotros los que tratamos de asfixiar los impulsos maravillosos de entrega al Señor por la simple razón que incomoda nuestra mediocridad. Tenemos que ayudar a los hijos a que puedan enfrentarse a la oposición. El Señor nos lo ha predicho en el Evangelio: Seguirlo a él trae oposición, trae resistencia, trae rechazo hasta en el propio seno de la familia. Cuando se trata de la conciencia hasta de un niño pequeño el cariño de toda una vida puede subsanar la herida que produjo nuestra presión hacia lo más cómodo. La paz que Cristo prometió no es tranquilidad y falta de acción sino la serenidad que se siente cuando uno está superando sus propias debilidades y ha tenido la valentía de seguir los dictámenes de su propia conciencia. Puede haber sufrimiento. Puede uno sentirse marginado, sin embargo, en su corazón está la paz del Señor.

**REFLEXIONEMOS CON LOS HIJOS**

Vivimos muy tranquilos cuando estamos de acuerdo con todos. Pero esta tranquilidad puede ser una tranquilidad buena o una tranquilidad mala. La tranquilidad buena se siente cuando estamos de acuerdo con todos y todos tratamos de hacer las cosas bien. La tranquilidad es mala cuando estamos de acuerdo con todos, aunque hagan algo que no está bien. Porque entonces preferimos nuestra comodidad en lugar de decir a los demás que no están bien hechas las cosas y que uno no está de acuerdo y que uno no colaborará. Porque sucede lo siguiente: te rechazan, se burlan de ti. Pero es mejor vivir en paz con la propia conciencia porque significa que Dios aprueba nuestro proceder. Vivir en paz con los malvados y ser cristiano no siempre es fácil. El Señor mismo lo ha dicho.

**CONEXIÓN EUCARÍSTICA**

Orígenes cita una palabra de Jesús que no se encuentra en los Evangelios: "Quien está conmigo está cerca al fuego, el que se aleja de mí, se aleja del Reino de Dios". El reunirse la comunidad eucarística es siempre un acercarse al Señor para que así esté presente el Reino de Dios.

**NOS HABLA LA IGLESIA**

Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su amor entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por El y por sus hermanos (cf. 1 Juan 3, 16; Juan 15, 3). Pues bien: algunos cristianos ya desde los primeros tiempos, fueron llamados, y seguirán siéndolo siempre, a dar este supremo testimonio de amor ante todos, especialmente ante los perseguidores. Por tanto, el martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la Cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia.... Quedan, pues, invitados y aún obligados todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado. Estén todos atentos a encausar rectamente sus afectos, no sea que el uso de las cosas del mundo y un apego a las riquezas contraria al espíritu de pobreza evangélica les impida la prosecución de la caridad perfecta. Acordándose de la advertencia del Apóstol: Los que usan de este mundo no se detengan en eso, porque los atractivos de este mundo pasan (cf. 1 Corintios siete, 31) Vaticano II, Luz de las gentes, 42.

**VIVENCIA FAMILIAR**

Ayuda muchísimo a contagiar la valentía cristiana dar a conocer los relatos que cuentan los testimonios de los mártires. El padre o la madre traen como si hiciera nada especial uno o dos libros y los dejan a la vista. A veces la observación: "este libro es interesante", motiva a los hijos a leerlo. Es dificilísima una educación que anime a escoger siempre lo mejor como fue el voto de Santa Teresa de Ávila. Para comenzar se puede intentarlo por una hora, por un día.

**ORACIONES**

"El que permanece en mí, como yo en él, éste da mucho fruto" (Juan XV, 4-5).

Oración para pedir valentía.

Señor, tú perdonaste a Pedro su cobardía y lo instituiste como tu representante en la tierra; Señor, tú que llamaste a tus apóstoles para que anuncien tu reino hasta sellar su anuncio con su sangre, perdóname mis inseguridades, mis cobardías, mis traiciones. Envía tu Espíritu para que me dé la fuerza que anuncia tu palabra, aunque se burlan de mí, aunque me rechacen o me muestren indiferencia. Dame valor de ser firme también en las cosas pequeñas para que cuando llegue la prueba grande te siga sin titubear. Amén.

**LECTURAS ENTRE SEMANA**(1era lectura años impares -  2a lectura  años pares)

Lunes: Jueces 2, 11-19; Ezequiel 24, 15-24 Mateo 19, 16-22

Martes: Jueces 6, 11-24; Ezequiel 28, 1-10; Mateo 19, 23-30

Miércoles: Jueces 9, 6-15; Ezequiel 34, 1-11 Mateo 20, 1-16

Jueves: Jueces 11, 29-39; Ezequiel 36, 23-28; Mateo 22, 1-14

Viernes: Ruth 1, 1. 3-6. 14-16. 22; Ezequiel 37, 1-14; Mateo 22, 34-40

Sábado: Ruth 2, 1-3. 8-11; 4, 13-17; Ezequiel 43, 1-7; Mateo 23, 1-12